

2. Si quieres la paz, busca la verdad

Con la cita del Salmo 33 – "¿Quién es el hombre que desea la vida y ama los días de ver el bien? Guarda tu lengua del mal, tus labios de palabras mentirosas. Aléjate del mal y haz el bien, busca y corre tras ella " (Sal 33,13-15) – San Benito nos hace ver enseguida que la búsqueda constante y fiel de la paz tiene dos pulmones: el del deseo de una vida feliz y el de la búsqueda de la verdad.

Todo el mundo reconoce fácilmente que desea una vida feliz, pero no siempre se da cuenta de que este medio pulmón no respira bien si el de la búsqueda de la verdad no funciona o se deja inactivo. Sería como querer respirar sin aire, sin aceptar que necesitamos el aire de fuera para respirar.

San Benito nos hace ver que para respirar vida y alegría, y si queremos respirar paz, debemos aceptar que debemos respirar verdad.

¿Qué significa esto?

En todas las situaciones personales y comunitarias en las que se han perdido la alegría y la paz, e incluso la vida en Cristo, me doy cuenta de que el verdadero problema es siempre que hemos perdido el contacto con la verdad, el amor por la verdad, el reconocimiento de la verdad.

Intentemos comprender. ¿Qué es la verdad? ¿Por qué perdemos el contacto con ella? Esto es importante comprenderlo sobre todo para no perder la verdadera paz. La experiencia nos enseña que, a menudo, cuando se pierde la paz, no es principalmente porque se pierde el amor, sino porque se ha perdido la verdad, la verdad sobre Dios, sobre los demás y sobre uno mismo.

La serpiente, de hecho, arruinó la relación de amor del hombre con Dios utilizando la mentira, corrompiendo la verdad entre Dios y Adán y Eva:

"La serpiente era más astuta que las demás bestias del campo que el Señor había hecho. Y dijo a la mujer: «¿Conque Dios os ha dicho que no comáis de ningún árbol del jardín?». La mujer contestó a la serpiente: «Podemos comer los frutos de los árboles del jardín; pero del fruto del árbol que está en mitad del jardín nos ha dicho Dios: "No comáis de él ni lo toquéis, de lo contrario moriréis"». La serpiente replicó a la mujer: «No, no moriréis; es que Dios sabe que el día en que comáis de él, se os abrirán los ojos, y seréis como Dios en el conocimiento del bien y el mal»" (Gén 3,1-5).

La propia Eva, después de pecar, reconocerá: "La serpiente me sedujo y comí" (Gén 3,13).

Comprendemos entonces que la advertencia que la Regla toma del Salmo 33 – "Guarda tu lengua del mal, tus labios de las palabras mentirosas"– tiene raíces profundas, o mejor dicho, nos llama a ir a las raíces de lo que destruye la unidad y la paz en nosotros y entre nosotros. Nos recuerda que, de un modo u otro, siempre es posible que nos engañe la serpiente, que desde el principio trata de destruir la

comuni3n con Dios y la comuni3n entre nosotros insinuando mentiras, haci3ndonos transmitir mentiras unos a otros. Cuando Eva ofreci3 el fruto prohibido a Ad3n, lo hizo transmiti3ndole la mentira sobre Dios y sobre s3 mismos que recib3 de la serpiente.

Desde entonces, la humanidad ha perdido la paz, porque la mentira destruye el amor fraterno. Tambi3n Ca3n mat3 a su hermano Abel porque se dej3 habitar por el pensamiento mentiroso de que Dios no le amaba como amaba a Abel. Los celos entre hermanos y hermanas son siempre fruto de una mentira, lo que nos remite a la primera mentira dicha por la serpiente a Eva y que podr3amos expresar as3: "Dios no te ama realmente. Dios no quiere que seas como 3l. Dios tiene celos de ti. Dios tiene secretos que quiere guardar s3lo para 3l, para dominarte". En pocas palabras, la gran mentira de la serpiente a los progenitores es: "¡Dios no es Padre!". Y de esta mentira fundamental surge necesariamente otra: "¡No somos hermanos!".

Pero si, para perseguir la paz en comuni3n fraterna, es necesario elegir la verdad, entonces es importante comprender qu3 es la verdad. Cuando Pilato hizo a Jes3s su famosa pregunta, sin esperar la respuesta: "¿Qu3 es la verdad?" (Jn 18,38), no se dio cuenta de que Jes3s ya le hab3a respondido.

"Pilato le dijo: «Entonces, ¿t3 eres rey?». Jes3s le contest3: «T3 lo dices: soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz». Pilato le dijo: «Y ¿qu3 es la verdad?»" (Jn 18,37-38).

Pilato no comprendi3, o no quiso comprender, que la verdad nos la dice Jes3s, que la verdad es ahora Cristo, la Palabra de Dios encarnada que nos habla. La Palabra de Cristo es ahora para nosotros y para todos la verdad total, la verdad de todo y de todos.

Jes3s dice que vino al mundo precisamente para eso: para "dar testimonio de la verdad". En 3l y por 3l, la verdad infinita de Dios con toda la verdad sobre el hombre se nos ofrece, se nos presenta, en forma de testimonio.

¿Qu3 significa esto? Que s3lo aceptamos la verdad si creemos el testimonio de Jes3s. ¿Y qu3 significa creer un testimonio? Significa confiar en que lo que el testigo nos dice es verdad. La verdad es una cuesti3n de confianza en Jesucristo, una cuesti3n de fe en 3l. Pilato no acept3 la verdad porque no recib3 a Jes3s y Su palabra con confianza. Sigui3 dudando de 3l. Tem3a que lo que Jes3s dec3a fuera verdad, pero no quer3a escucharle m3s que a los gritos de la multitud de jud3os que gritaban mentiras sobre 3l y exig3an que fuera crucificado.

Pero dejemos de lado a Pilato, que era pagano, y pensemos en nosotros mismos. Podemos preguntarnos: ¿estamos realmente convencidos de que la verdad para nosotros es lo que Jes3s nos dice, es su testimonio sobre el Padre? Y si es as3, ¿escuchamos de verdad a Jes3s, escuchamos de verdad el Evangelio, para aceptar la verdad y vivir en ella?

Parecen preguntas obvias, evidentes y, sin embargo, si somos sinceros, debemos admitir que no siempre escuchamos a Jes3s con humildad y atenci3n, sedientos de verdad.

A menudo, mirando nuestra vida personal o los problemas de las comunidades, tenemos que admitir que estamos escuchando algo distinto de Jesús, distinto del Evangelio. Escuchamos a la serpiente, al diablo, es decir, al “divisor”, al tentador que nos atrae o nos encierra en intereses, en deseos, en pasiones que nada tienen que ver con el Reino de Dios que Cristo vino a anunciarnos e instaurar en el mundo. A menudo, nos atraen más nuestros intereses individuales que los de Cristo, los de la comunidad o los de la Orden y la Iglesia.

Esta tentación siempre ha estado presente en la Iglesia, e incluso ya entre los primeros discípulos de Jesús. Vivían con Él, le oían hablar durante horas y horas, proclamando el Evangelio sin cansarse, y escuchaban las explicaciones del Evangelio, por ejemplo de las parábolas, que Él les dedicaba especialmente. Le oían, pero a menudo era como si no le escucharan, si no le prestaran atención. Porque inmediatamente después, seguían viviendo como antes, determinados por las viejas tentaciones, como si Jesús no hubiera hablado.

También ellos necesitaron verle morir y resucitar, y luego vivir la experiencia de Pentecostés, para darse cuenta de que la Verdad era sólo la palabra y el testimonio de Cristo, y que por eso había que prestarle la máxima atención. El Nuevo Testamento nació de esta toma de conciencia que deslumbró a los Apóstoles tras la muerte, resurrección y ascensión al cielo de Jesús. El don del Espíritu Santo en Pentecostés vino a confirmar y sellar esta toma de conciencia, que se convirtió en el núcleo y la fuente de toda la tradición de la Iglesia.